

An aerial photograph of a Holy Week procession in Guatemala. A large crowd of people, many wearing purple robes, is gathered in a street. In the background, a large, ornate cathedral with a prominent dome and a bell tower stands next to a partially ruined stone structure. The scene is set against a backdrop of lush green hills and mountains under a clear sky. The text 'SEMANA SANTA' is overlaid in large, white, serif capital letters across the center of the image.

SEMANA SANTA

EN GUATEMALA



SEMANA SANTA

EN GUATEMALA



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTES



SEMANA SANTA EN GUATEMALA

Doctor Alejandro Eduardo Giammattei Falla
Presidente Constitucional de la República

Lic. Felipe Amado Aguilar Marroquín
Ministro de Cultura y Deportes

Arq. Mario Roberto Maldonado Samayoa
Viceministro de Patrimonio Cultural y Natural

Arq. Breitner Roely Gonzales Maldonado
Director General de Patrimonio Cultural y Natural

Idea orginial y dirección

Lic. Felipe Amado Aguilar Marroquín
Ministro de Cultura y Deportes

Arq. Mario Roberto Maldonado Samayoa
Viceministro de Patrimonio Cultural y Natural

Creatividad y dirección de diseño

Mariana Marroquín González

Diseño gráfico y artes finales

Mariana Marroquín González
Servio David Pérez

Fotografías y referencias

Aguilar, F., Melchor Toledo, J., Grigsby, K., Castellanos, M. F., Figueroa, N., Calvillo, O., y Dardón, Y. (2009). *Contemplaciones: Historia, Arte y Cultura de la Semana Santa Guatemalteca*. Punto 3, S.A.

Marzo 2021





PRESENTACIÓN

Guatemala, marzo de 2021

Señor

Tim Curtis

Secretario

Convención para la Salvaguardia del Patrimonio Cultural Inmaterial

UNESCO

Paris, Francia

En septiembre del año 2008, el Estado de Guatemala declaró la Semana Santa en Guatemala como Patrimonio Cultural Intangible de la Nación a través del Acuerdo Ministerial 560-2008 por constituir una tradición anual de fervor religioso y recogimiento espiritual que datan de varios siglos como signo de identidad nacional. Esta manifestación, única en el mundo, se caracteriza por su sincretismo y la experimentación de la misma a través de los cinco sentidos.

Es una festividad cultural y religiosa, altamente desarrollada en la República de Guatemala. Lleva presente cinco siglos, a través de los cuales ha sufrido transformaciones que la han configurado como la celebración que aglutina mayor diversidad social y cultural del país. Tiene como fin, desde el ámbito religioso, conmemorar los misterios de la redención –pasión, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret- los cuales se reflejan de manera creativa a través de múltiples representaciones a lo largo y ancho del país.

Todas las manifestaciones culturales y religiosas que componen la Semana Santa en Guatemala se construyen desde la colectividad, haciendo uso de las artes aplicadas, artesanías, tradición oral, gastronomía y naturaleza; es por ello que, se afirma con propiedad que la Semana Santa en Guatemala se experimenta a través de los cinco sentidos.

Por lo anterior, la siguiente publicación busca visibilizar esta manifestación de gran importancia y trascendencia en el país en la que muchos guatemaltecos se sienten identificados y reflejan en ella su espiritualidad y creatividad. Sea pues, esta una pequeña muestra en conmemoración a esta fiesta que esperamos con ansias volver a celebrar como tradicionalmente lo hemos hecho en los últimos años.

Atentamente,

Felipe Amado Aguilar Marroquín

Ministro de Cultura y Deportes

SEMANA SANTA

EN GUATEMALA



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
INTRODUCCIÓN	11
ÁREA DE ANTECEDENTES	15
La semana Santa a través del tiempo	17
Consideraciones prehispánicas alrededor de la Semana Santa guatemalteca	19
ÁREA DE HISTORIA	25
Orígenes de la Semana Santa Guatemalteca 1524-1821	27
Historia contemporánea 1954-2008	31
ÁREA DE ARTES PLÁSTICAS	35
Escultura procesional de Semana Santa. Imágenes de Pasión	37
ÁREA DE ARTES APLICADAS	39
Esplendor, utilidad y belleza	41
ÁREA DE MÚSICA Y LITERATURA	49
La música del culto interno en la Semana Santa guatemalteca	51
Carisma, vocación y corazón. Música de exteriores	55
ÁREA DE ARTES EFÍMERAS Y POPULARES	61
Los espacios sagrados de la Cuaresma y Semana Santa	63
Un paso glorioso. Alfombras de Guatemala	67
El sabor de la Cuaresma y Semana Santa	71
ÁREAS DE NATURALEZA	75
El tributo natural a la pasión. Flores y frutos de Guatemala	77
BALANCE	79
Semana Santa en Guatemala: patrimonio cultural inmaterial	81



INTRODUCCIÓN

Miguel Alfredo Álvarez Arévalo

Evocar la Semana Santa es tocar las fibras más sensibles del corazón de los guatemaltecos. De inmediato emanan los recuerdos más profundos que se guardan en el alma; de pronto nos encontramos envueltos entre los brazos de nuestros padres tratando de elevarnos para presenciar el paso de una procesión, o subiéndonos en un balcón con el mismo propósito. Esa atmósfera completada con el incienso y acompañada por la multitud que observa el paso del Nazareno y al compás de las vibrantes notas de la banda, arraigan en nuestro ser la siembra de estas tradiciones incomparables.

El primer esfuerzo para apreciar las manifestaciones culturales de la Semana Santa de una forma global es el libro *Semana Santa Tradicional en Guatemala*, de Luis Lujan Muñoz. Por su parte, el libro *Contemplaciones: historia, arte y cultura de la Semana Santa guatemalteca* responde a la necesidad de obtener información multidisciplinaria acerca de tan apasionante tema. Este se constituye en una primicia nacional, pues es un esfuerzo que une a trece profesionales de la historia, la antropología y otras ciencias sociales, quienes han destacado en diversos campos de estas ciencias y coinciden en su interés por la Semana Santa guatemalteca como un fenómeno social. A través de sus páginas se explican con rigor académico el cúmulo de valores patrimoniales que forman un crisol de culturas, iniciado hace casi cinco siglos y que sigue vigente, ya que se actualiza y se adapta a los tiempos manteniendo sus raíces históricas.

Estas manifestaciones culturales son una de las más trascendentales formas de expresión del pueblo guatemalteco, tan heterogéneo y variado pero unido en una Semana Santa única que debe considerarse *Patrimonio Cultural Intangible de la Nación y de la Humanidad*.

Descubrimos como esta gran obra, la Semana Santa, no es una representación teatral; es la viva realidad, con la actuación multitudinaria de un pueblo, que ha abierto el telón y ha colocado sobre el suelo de Guatemala, convertido en un gran escenario, los más espectaculares montajes escenográficos y coreográficos; un ballet multicolor que danza salpicado de todas las tonalidades que puedan existir en una paleta, donde el cielo es un gran lienzo que tanto la naturaleza y el hombre usan como fondo para impregnar las pinceladas que entre la más amplia expresión cromática dominan el

morado, el negro y el blanco, con una carga ritual, como símbolos litúrgicos; y el suelo se cubre de las más diferentes tonalidades, que en forma de alfombras sobre aquel tablado, de piedra, tierra o asfalto tapizan nuestras sendas.

Los cinco sentidos se activan de una manera excitante, la vista contempla un horizonte iluminado por el sol, donde ese lienzo azul, contrasta con los colores de las flores de la época, mientras que las noches de pascua dejan romper la monotonía de la oscuridad ante la claridad del primer plenilunio de primavera.

Los devotos quedan impactados ante la contemplación de las imágenes de pasión o la admiración de los simples espectadores, el color de las túnicas y mantos, la decoración de las andas, la iluminación nocturna, el cortejo, la indumentaria de los penitentes y devotas cargadoras, el más complejo espectro de colores, alfombras tendidas al suelo, contraste y combinación violenta de colores y texturas, altares de velación, huertos, arreglos florales, cerería, comercio informal, reguilletes y vejigas, chupetes y otras golosinas, los ojos quedan extasiados ante aquel espectáculo. Mientras el oído se estremece al escuchar la sonoridad de esas bandas interpretando marchas fúnebres y triunfales, percusión de vientos, murmullos, matracas y campanas, oraciones y exclamaciones. El tacto se retrae ante el contacto con las imágenes devocionales, al tocar el bolillo de las andas o las horquillas, los materiales para las ofrendas, todo en armonía también con el olfato que inhala los más exquisitos aromas, regalo de la naturaleza y convertidos en una sola vianda para el Señor.

Esto nos ayuda a entender por qué las procesiones con imágenes son el tema central de la Semana Santa y llegan a convertirse en parte de la familia y provocan diferentes demostraciones de los devotos o admiración por parte de los simples espectadores. Las imágenes procesionadas son obras donde se admira el sentimiento colectivo recogido sublimemente por los diferentes artistas; además, resaltando el dolor, la muerte, la resignación y la esperanza. Estas son una expresión figurada de un pueblo que también sufre; exteriorización artística que ha logrado el amor de un pueblo ante la contemplación de las atormentadas figuras, mismas que transmiten serenidad, al trasladar un goce espiritual mediante lo concreto, a través del rito y el esplendor íntimo, que en lo más profundo de su simbolismo representan las lágrimas del pueblo.



Para encontrar las profundas huellas dejadas por las sociedades pretéritas, bastaría con levantar las capas de asfalto de las calles de la Nueva Guatemala de la Asunción, donde encontraríamos desgastadas piedras, a causa del paso pausado de cansados penitentes, piedras amasadas con la cera de cirios y candelas, como podría suceder, por supuesto, en la vieja Ciudad de Santiago de Guatemala, donde con asombro hasta las huellas del Hermano Pedro emergerían por sí solas, con solo seguir su ruta de pasión, al cambiar de San Francisco al Calvario.

Todo lo expuesto muestra como la Semana Santa guatemalteca tiene un atractivo único y, por eso, atrae a muchos turistas de todo el mundo quienes viajan a Guatemala, deslumbrados por fotos de alfombras y procesiones plasmadas en afiches o tarjetas postales. Sin embargo, la Semana Santa es más que eso; es el esplendor de la vivencia de un pueblo en color, olor, sabor, sonido y expresiones de fe, valioso desde cualquier punto de vista.

El turismo con ocasión de la Semana Santa representa un considerable crecimiento económico para todos los sectores, incluyendo la economía informal. Desde las aerolíneas y los hoteles de cinco estrellas, hasta para una venta tradicional de sunchiles y empanadas, pasando por imprentas, librerías, productos eléctricos y de cualquier tipo, transportes, mercancías del campo y, por supuesto, para las ventas de telas y materiales de costura, lavanderías, y lo concerniente a la música. Todo es vital para el desarrollo de estas actividades.



ÁREA DE ANTECEDENTES





La Semana Santa a través del tiempo

Johann Estuardo Melchor Toledo

La Semana Santa tiene una historia de más de veinte siglos. Ha vencido los cismas, las guerras y otras tribulaciones. Se basa en el propio fundador y fundamento del cristianismo, Cristo, siendo inocente, para librar al hombre del pecado acepta cargar con los pecados de todos los hombres, y recibir el castigo que esos pecados merecen.

Las procesiones de Semana Santa son inconfundibles porque las anima un espíritu particular: el de la penitencia. Eso no cambia. Penitentes son quienes hacen la procesión, al llevar en sus hombros el paso a cuestras, pese lo que pese.

El silencio es uno de los caracteres distintivos de la Semana Santa: ni oraciones ni cánticos; tan sólo pública exhibición de la condición de penitentes y en muchos lugares todavía, algunos casos durísimos actos de penitencia: andar descalzo, hacer toda la procesión de rodillas o andar arrastrando grilletes y cadenas en los pies.



Consideraciones prehispánicas alrededor de la Semana Santa Guatemalteca

Juan Antonio Valdés Gómez

Como el intrincado diseño de un textil, en la Semana Santa de hoy se tejen numerosas características que la convierten en una amalgama de tradiciones antiquísimas, tanto mayas como judeo cristianas. Su pervivencia y manifestación a través de casi quinientos años nos introducen a mundos completamente nuevos, ricos y dinámicos que contribuyen a que los guatemaltecos vivamos una experiencia única y de matices diversos, reflejados en esta celebración tan propia y a la vez tan general, que se convierte ante los ojos de propios y extraños en el espejo de nuestra milenaria historia.

Andas, alfombras, música, imaginería y hasta la construcción iconográfica y religiosa de la cultura maya y española parecen encontrarse nuevamente después de siglos en un episodio ritual, que llamamos Semana Santa en Guatemala.

Hace unos quince años se descifró un glifo que causaba cierta duda en su interpretación y que los epigrafistas lograron traducir como *trono* o *palanquín*. A pesar de su reciente lectura, hacía mucho tiempo que se habían descubierto escenas pintadas sobre piezas de cerámica así como grafitos incisos sobre paredes, donde aparecían soberanos sentados cómodamente que eran llevados sobre los hombros de personas de menor rango.

Sin embargo, mucho más significativa y compleja es la escena esculpida en un dintel de madera del Templo I de Tikal, donde el soberano, ascendido a la categoría de Señor Divino o Señor Sagrado (en maya chol es *K'ul Ahaw*), aparece claramente sentado sobre un anda o un palanquín que era llevado en hombros por varias personas, que muestra similitud con las andarillas que aún hoy recorren las calles de Guatemala y especialmente los poblados de origen maya en determinadas ocasiones del año, asentados en lo que en arqueología se conocen como Tierras Altas, es decir, los departamentos de Huehuetenango, Quiché, Sololá, Totonicapán, Chimaltenango y Quetzaltenango.

La superficie plana estaba decorada con flores y plumas. A través de los grafitos también ha sido posible reconocer la existencia de un *baldaquín* o *palio* instalado para cubrir al que era portado en hombros –se ha usado acá los términos occidentales para describir este tipo de andarilla-.



Pero la semejanza entre estas andas y las actuales va más allá de lo puramente formal. El señor, gobernante o sacerdote, que era llevado sobre estas parihuelas ha adquirido en el período clásico una nueva categoría: se ha transformado en una encarnación de la divinidad; es el hombre-dios que en la tierra gobierna y conduce, no a título personal sino divino, a la sociedad. Su rango e importancia impele a ser preservado de cualquier contaminación existente en el suelo y, por lo tanto, es transportado en hombros.

Alfombras para los señores

Este homenaje que se tributaba a los señores al llevarlos cargados en palanquines va íntimamente relacionado con otro que a los guatemaltecos les parece muy familiar. Llevarlo en hombros evitaba que el señor tocara el suelo, pero al tener que bajar de su estrado portátil tampoco debía pisar el mismo. Entonces, se cubrían las superficies con abundantes flores que durante la procesión y después al descender, eran esparcidas por personas que antecedían el paso de éste.

El objetivo, más que una ofrenda, puede ser preservar su integridad divina. Igual cosa sucede con las alfombras hispánicas que aunque sí entrañan un sentido de ofrenda de gratitud, salvaguardan el paso de la imagen para que ésta no entre en contacto con el mundo ordinario que representa el suelo. De hecho, cuando una imagen de pasión es bajada de su camarín para ser revestida no es colocada directamente en el suelo.



Sabores, colores y aromas

En las cocinas guatemaltecas los sabores se despiden con fuertes aromas, que recrean todo el ancestro de quienes han reproducido la tradición oral –una fortaleza y condición intrínseca de los pueblos mayas-. Es posible, especialmente en el área de la boca costa y Quetzaltenango, encontrar en las romerías dedicadas a las imágenes de pasión, platos conteniendo la iguana en iguaxte o lagarto, vinculados directamente con la gastronomía prehispánica.

De igual forma, resulta muy interesante observar escenas en Santiago Atitlán, Santa Catalina Zunil o Santa María Nebaj, donde el color dominante en Viernes Santo no es el negro como lo es en las zonas con predominancia ladina. Esto quizá se deba a que la muerte en el mundo maya está asociada con el Occidente, lugar donde se pone el sol, espacio que le corresponde al color amarillo. Aunque los trajes con que visten las comunidades antes mencionadas son preponderantemente rojos no permeó en ellos el sentido luctuoso del color negro; pues este no refleja nada en su cosmovisión en relación con la muerte.

El antiguo y bien elaborado programa iconográfico e ideológico de los mayas caló profundamente en su tradición identificándose luego con el también milenario programa cristiano. Todo esto converge en actos como la Semana Santa, que entraña un culto al sufrimiento que la cultura maya no dejó de ver. No hay una diferencia abrupta o violenta, sus concepciones u orígenes pueden ser diferentes pero se adaptaron y fundieron a sus propias visiones. De allí ese aire que se respira en la Semana Santa guatemalteca que la hace única, así sea en las grandes urbes o en los pequeños poblados.





ÁREA DE HISTORIA





Orígenes de la Semana Santa Guatemala 1524-1821

Johann Estuardo Melchor Toledo

Los inicios de la Semana Santa en Guatemala datan del siglo XVI. En los primeros años después de la Conquista, los castellanos comenzaron a realizar las actividades religiosas, en las cuales no faltaba la pasión de Cristo. En Guatemala, las celebraciones toman un rumbo muy diferente a las procesiones en la Península Ibérica; en primer lugar, porque hubo un sincretismo con los habitantes de los diferentes pueblos de la época; la segunda causa es la lejanía de España, que hacía que en Guatemala los cambios llegaran lentamente y el influjo de la metrópoli no fuera tan efectivo como en los virreinos del Perú y Nueva España. Esto permitió que con el paso del tiempo la Semana Santa guatemalteca evolucionara y cambiara por sí misma y la llevara a convertirse en única, por sus características.

En la Baja Edad Media, nacieron las cofradías que llegaron a formar parte integral de la vida del medioevo. *“Su aparición puede fecharse a fines del siglo XV y principios del XVI. Las primeras fueron las de la Vera Cruz, que nacieron de las cofradías de la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, ya fuera unida a ellas y a sus respectivos crucificados, o como asociaciones independientes. Tenían como centro de su culto una reliquia de la Verdadera Cruz. Los franciscanos fueron sus principales promotores, dada la devoción que esta orden y su fundador tenían por este misterio. Ejemplo de estas, fueron las fundadas en las ciudades castellanas de Zamora y Valladolid a fines del siglo XV.”*

Una cofradía abarcaba tres aspectos: el institucional, el económico y el religioso. El primero se refería a la elección de uno o varios mayordomos y un representante ante la autoridad eclesiástica. Por ejemplo, en el templo de San Juan Alotenango cada cofradía estaba dirigida por 10 personas (dos alcaldes, cuatro mayordomos y cuatro diputados), que el día del santo patrón entregaban el cargo. Otro ejemplo era la cofradía de Nuestra Señora de la Soledad y el Santo Entierro de Cristo del templo de Santo Domingo en la capital de Guatemala que contaba con cuatro mayordomos, de los cuales uno estaba a cargo de las cuentas.

También existió otra organización religiosa que tenía como fin el culto a un santo en especial. Esta era la hermandad, que era similar a la cofradía, la diferencia estaba en que la cofradía tenía un carácter casi gremial, mientras que la hermandad no estaba tan estructurada como la cofradía. En Ciudad Vieja los cofrades ladinos cambiaron el nombre de sus cofradías por el de hermandades a finales del siglo XVIII. La



Iglesia avaló este cambio porque religiosamente ambas instituciones eran afines. Esta modificación fue de carácter étnico, por lo que la cofradía quedó como una institución eminentemente indígena, mientras que la hermandad funcionó únicamente para los ladinos como sucedió en San Miguel Dueñas.





Historia contemporánea 1954-2008

Miguel Alfredo Álvarez Arévalo

Aunque las formas experimentales en las manifestaciones de la Semana Santa datan del siglo XVI, a partir de 1954 se consolidan las bases que han echado raíces en toda la sociedad contemporánea. Uno de los acontecimientos políticos que más afectaron la situación del país durante la segunda mitad del siglo XX, fue el llamado *Movimiento de Liberación Nacional* conocido dentro de la historia como la *Contrarrevolución*, de tal manera que “*Con el triunfo, en 1954, de la llamada liberación se abrió en Guatemala una nueva etapa para la Iglesia Católica. El Arzobispo Mariano Rossell Arellano, que seguía la línea anticomunista fijada por Pío XII, había iUluido en la consecución de este triunfo...*” *Luis Luján Muñoz*.

La constitución de 1956 inicia con una invocación a la protección divina, con lo cual quedaba fuera del campo ideológico del ateísmo. Se permitía el culto en público, sin más límite que el exigido por la paz y el orden; y se reconocía el derecho de libre asociación religiosa, lo que abrió las puertas del país a las órdenes y congregaciones, que antes tenían legalmente prohibido el ingreso.

En 1954 se efectuaron, con gran pompa y esplendor, las conmemoraciones de la Pasión del Señor, según consta en siguiente crónica del diario *La Hora* “*Con gran solemnidad dieron principio ayer festividades de la Semana Mayor. En todos los templos católicos de la capital se realizaron actos piadosos desde temprana hora, y durante el resto del día, varias Procesiones recorrieron distintos barrios de la ciudad. A pesar que millares de capitalinos abandonan la ciudad para dirigirse al interior de la república, el fervor cristiano se sigue manifestando al grado que este año las celebraciones de semana santa superaran en esplendor y en devoción a las de otros años*” *José Martí*. Esta nota se refiere a la procesión de Jesús de las Palmas de Capuchinas, misma que desde 1949, gracias al ímpetu de Ramiro Araujo, había empezado su metamorfosis. También, a la de Jesús Nazareno de los Milagros del templo de San José, que en 1953 inició varias innovaciones bajo la dirección de Mario Ruata Asturias. En 1954 estrenó anda de 40 brazos, la anterior era de 30 cargadores, luego pasó a 60; en la misma década llegó a 80 cargadores bajo el asombro de los guatemaltecos.

Hoy, en las empedradas calles de La Antigua Guatemala, así como en las avenidas pavimentadas de la Nueva Guatemala de la Asunción; en el Valle de la Ermita o en las sendas tortuosas de Quetzaltenango; en cualquier municipio, aldea o pedacito de Guatemala, se sentirá el olor a tierra y a polvo asentado con el agua. La escena

será la misma, el Nazareno agobiado con el peso de la cruz, el Señor Yacente, la bella Dolorosa, el binomio inseparable que forman santa María Magdalena y san Juan. En todo lugar habrá siempre algo especial, desde el producto ingenuo, hasta lo más elaborado en adorno y pompa, como en las procesiones de la Vieja Santiago y de la moderna capital del país o Mazatenango, en la costa del Pacífico; Sumpango, en Sacatepéquez; Rabinal, en Baja Verapaz; Cuilapa, en Santa Rosa o San Pedro Soloma, en Huehuetenango. Todas han mantenido una constante de tradición y cambio que se refleja en la permanencia y vigor de las procesiones.

En el litoral azul del Caribe, la Semana Santa se siente tanto en Puerto Barrios como en Santo Tomás de Castilla o en el garífuna Livingston. En la cabecera departamental del cálido Izabal la conmemoración empieza con el vía crucis, en donde estudiantes hacen los diferentes recorridos, vestidos como romanos, palestinos y otros personajes de época, y por supuesto, de ángeles. El Domingo de Ramos sale la procesión de Jesús Nazareno, la Dolorosa, san Juan y María Magdalena. Participación de muchos cargadores que no usan túnica de cucurucho sino traje de calle.

El Viernes Santo, en Puerto Barrios Izabal, se realiza el descendimiento de la imagen de Jesús en la cruz, en la catedral. Posteriormente, esta imagen es trasladada al anda de 50 cargadores para iniciar la procesión del Santo Entierro y termina su recorrido entre las 23:00 y las 24:00 horas. Para el Sábado de Gloria sale la procesión de la Virgen de la Soledad, acompañada de san Juan y María Magdalena, con el mismo recorrido que la anterior.

En lo que respecta a la Aldea Santo Tomás de Castilla, el Viernes Santo se realiza un vía crucis en vivo, que recorre las calles de la aldea y termina en la parroquia.

En otro punto cardinal de nuestra patria, allá en los montes quichelenses, cada Jueves Santo, suenan las campanas del templo de San Andrés Sajcabajá para emitir sus centenarias voces acompañadas por las matracas, para anunciar el desfile de los gateadores; de esos penitentes que llevan la sangre de Tohil y que ahora honran la sangre de Cristo, como parte de un proceso de evangelización cinco veces centenario. Pasiones en vivo, procesiones ancestrales y sincréticas, grandes y pomposos desfiles



sacros, todos tienen una herencia común: son parte fundamental de la cultura guatemalteca y en conjunto forman lo que para nosotros es la Semana Santa más hermosa y única del mundo.



ÁREA DE ARTES PLÁSTICAS





Escultura procesional de Semana Santa. Imágenes de Pasión

Carlos Mauricio Morán Alvizurez

En Guatemala se dice que La Procesión va por dentro cuando se desea expresar que *“se sufre... aunque el sentimiento no sea notorio.”* Históricamente, los guatemaltecos se identifican con el dolor; pestes, terremotos devastadores, erupciones volcánicas, deslaves e inundaciones, han marcado algunos de los episodios de la historia que les ha tocado vivir. El creyente, ve reflejadas en las imágenes de los sangrantes cristos y en las lágrimas de la Virgen, sus propias penas, y encontrando en la presencia de estas, el consuelo espiritual.

La escultura procesional guatemalteca se desarrolla motivada por la preferencia de los fieles que se orienta hacia las imágenes de pasión. La cultura del sacrificio, con antecedentes en la época Prehispánica se fortaleció durante el período barroco. Recuérdense como ejemplo las *procesiones de sangre*, que consistían en actos públicos de flagelación y mortificación de la carne, los cuales eran comunes en los siglos XVII y XVIII.





ÁREA DE ARTES APLICADAS





Esplendor, utilidad y belleza

Juan Haroldo Rodas Estrada

Los vocablos *esplendor*, *utilidad* y *belleza* resumen los elementos de la parafernalia de la manifestación cultural más sublime de Guatemala: la conmemoración de la pasión de Cristo. En esta se unen la mística, la expresión y la realidad para tornar todo el mensaje en algo real que identifica y busca unificar a los guatemaltecos.

Estas manifestaciones se originan en una raigambre que unifica lo español con lo precolombino y logra la unidad cromática en la que se envuelven todos los elementos que forman la expresividad de la pasión de Cristo. Esta se escenifica en un marco de intensas cualidades a veces un tanto plenas de realce, con los que se busca exaltar al máximo la expresión del flagelo de Cristo; aunque para algunos sea sólo una manifestación de esplendor.

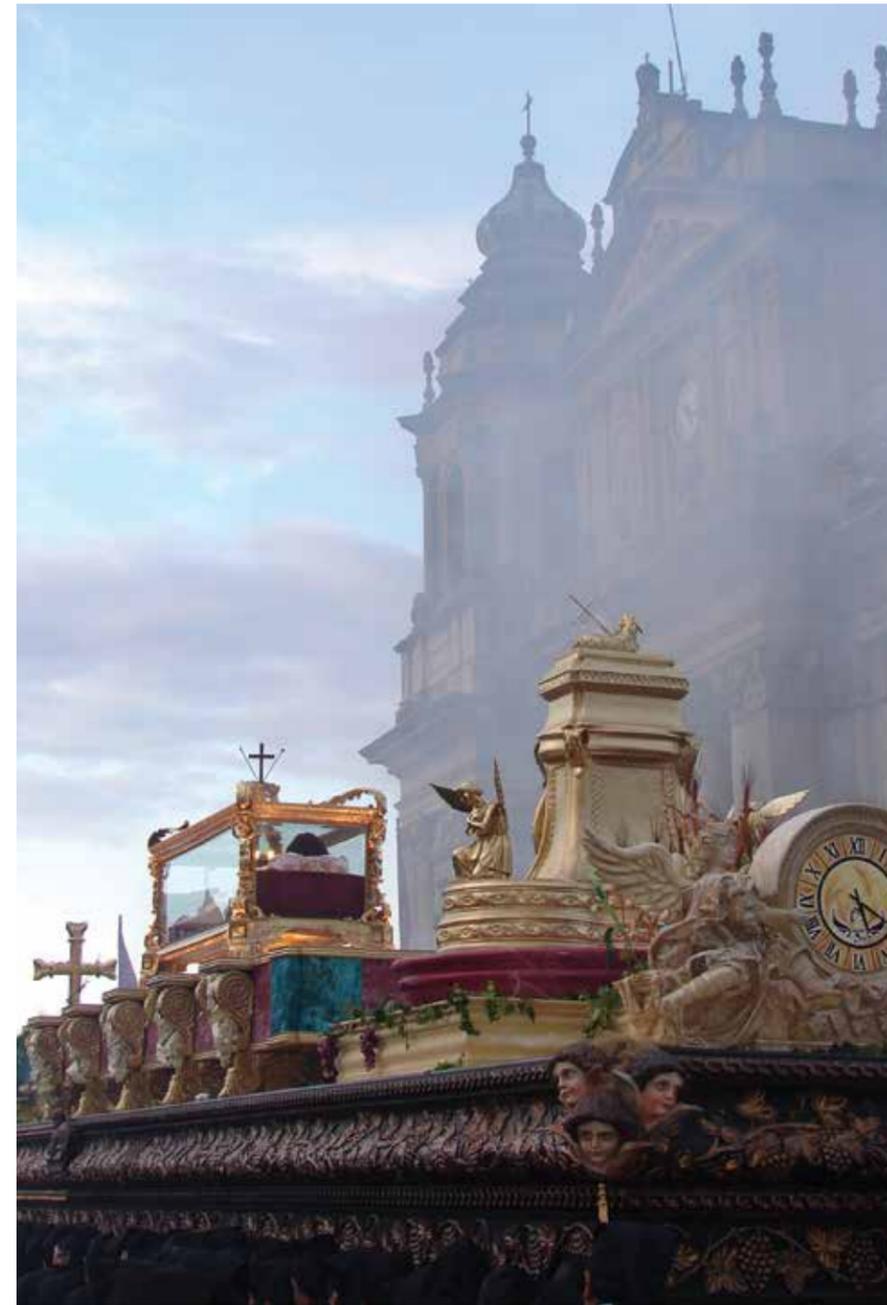
No podemos determinar qué es más importante: ¿la pieza que se borda con las manos diestras, la forja de plata que engalana una escultura o el mueble tallado por hábiles artesanos que dejan con ello un hilo entre arte y tradición? Hay muchas producciones aquí o allá, pero es una demostración de la fuerza creativa con la que el guatemalteco emerge en su diario vivir para destacar esos momentos sublimes que no tienen explicación, solo en el espíritu y la identidad, en la que hay religiosidad, pero más que esto, un deseo de mostrar cómo se revive la pasión de Jesús.

Esta situación también provocó que las hermandades con menores recursos acudieran al taller de la Casa Central, donde monjas francesas bordadoras realizaron trabajos de gran calidad, pero más económicos, pues eran confeccionados en Guatemala y la mano de obra fue sin duda más barata.

De este taller salieron hermosas piezas que hoy figuran en distintos cortejos; cuando este feneció, emergieron bordadores particulares, con un sentido más

artesanal. Ellos mantuvieron esta tradición, haciendo surgir un orden muy chapín en esta confección; destacan en este campo, el bordador de Santa Lucía Cotzumalguapa, Ramiro Gálvez. El ha creado una escuela de este género en el medio, al igual que el capitalino Jorge Mario Díaz y otros más. Finalmente, están las piezas pintadas por el artista Luis Alberto de León para la procesión de La Recolectión a fines de la década de los setenta. Actualmente, destaca el restaurador de este género, el maestro Javier Fernández, quien ha realizado varios traslados de bordados y resanado varias piezas de alta calidad.

Este es el esplendor de un instante, del momento en que el devoto contempla a su imagen de devoción para santificarse ante ella, viéndola como un todo cuando es ser portado en los majestuosos muebles que parece que mueven al cielo frente a los ojos humanos.



Los muebles que portan el cielo

Estos conjuntos también ofrecen características regionales; los antigüeños son de talla ondulada y se llaman pecho de paloma, se resalta en la parte cóncava y asoma en la sección superior en forma muy baja hacia lo resaltado, concluyendo en una sección que se hunde en la parte inferior. Los tallados generalmente reproducen atauriques de los templos antigüeños: hojas, rocallas y detalles que sublimizan la arquitectura. En este caso los bolillos o espacios donde deben colocarse los hombros de los cargadores son redondos, pero están adheridos a los faldones laterales. La parte frontal y final son similares a las laterales y únicamente sobresalen en la parte de adelante dos bolillos para que el guía del anda ponga sus manos y conduzca el movimiento de todo el mueble. Cada hermandad, desde luego, tiene modelos provistos de originalidad; pero todos se inspiran en los diseños de los templos.

Hay un despliegue creativo que muestra la variedad de apreciación y gustos de diversos sectores sociales que conforman las hermandades, como el ejemplo de las andas del Señor Sepultado del templo dominico que presenta en sus esquinas ángeles niños tallados en madera con revestimientos de manta encolada, también las piezas de leones con los escudos mercedarios creados en la década de los cincuenta para las andas de Jesús de La Merced, tomando como inspiración los leones de la cúpula del templo que recuerdan a Jesús como más fuerte que el león y más dulce que la miel.

Cada imagen de Jesús Nazareno o Sepultado es portada sobre una monumental anda, que en el caso del templo del Calvario se transforma en una pieza muy singular. Esta se compone de una columnata pequeña que recuerda los templos griegos en una conformación postmoderna que ofrece incluso detalles de cambios de color y luces conforme el adorno que exhibe en la parte de arriba, dándole un sentido de espectáculo de mayor luz y esplendor.

Las andas de Quetzaltenango, son más sobrias, con acabados en las esquinas, pero con esquineras que solo buscan dar un sentido de solidez al mueble. Suelen ser más pequeñas que las de las ciudades anteriores, pero también buscan crear una fisonomía propia y dinámica al conjunto. El resto del país responde a los tres centros de irradiación cuaresmal, pero todos quieren brindar un mueble provisto de originalidad y belleza a



la procesión, que corresponda al gusto e intereses de cada asociación, logrando así una identificación entre sociedad, artista y creación.

Esto genera una marca de originalidad dentro de cada procesión, le brinda una identidad tras la que se mueven diversos grupos a veces étnicos o sociales, pero todos se agrupan tras su imagen principal a la que vierten de variadas formas y expresión.



Las marcas de la hermandad

Los estandartes identifican las hermandades, en estos se han tejido los emblemas o anagramas propios de cada grupo. En estos hay diseño, ejecución de bordados o tallas donde se resalta con altos y bajos relieves; también hay formas de cruces, escudos de órdenes o figuras de animales enigmáticos que antes ocuparon un lugar en la heráldica para casas gobernantes, tal es el caso de águilas bicéfalas o leones cuya garra descansa sobre el escudo de la orden mercedaria o los brazos de Cristo y San Francisco unidos, recordando el origen franciscano de una hermandad. Otros buscan una identificación que puede resultar más original, pero siempre basada en los elementos básicos que rememoran el sentido bíblico, como sucede con el Ibis que resalta para identificar la hermandad de Jesús Nazareno de La Candelaria.

En los últimos años también han surgido movimientos religiosos de grupos más reducidos que han reunido a miembros de una colonia residencial, una aldea o un pueblo que busca, a través de estos, gestar elementos que los identifiquen; así generan modelos en los que combinan los elementos descritos o aspectos relacionados con la iconografía contemporánea religiosa, sin embargo, todos buscan tener una expresión y mensaje que les lleve a identificar su agrupación.

Aquí están todos los grupos, hay variedad de apreciaciones, de opiniones que convergen tras sus símbolos para crear un mensaje de unidad, en el que cada uno expresa lo suyo, pero deja lugar al diálogo de reencuentro de etnias, grupos sociales, edades y géneros para reencontrarse a través del diálogo que da la pasión.

Cruces altas y ciriales

Aunque todas las hermandades buscan un elemento que los identifique como tales, todas se integran en un símbolo común: la Cruz. A esto se debe que como en toda procesión cristiana, todo cortejo sea iniciado con tres piezas clave: la Cruz alta y dos ciriales. En Guatemala estas piezas datan desde el siglo XVI, hasta el XIX, pasando por las del XVII y XVIII. Todas tienen como característica general presentar una cruz de base de madera revestidas de plata, ya sea plateada, sobredorada o mestiza. Tienen generalmente forma de cruz latina aunque también las hay en forma griega; incluyen al centro un Cristo generalmente cincelado y esgrafiado.

Entre las cruces notables destacan la del templo de Ciudad Vieja, una población cercana a La Antigua Guatemala, en cuya intersección se puede ver un descendimiento de la cruz repujado. Fue elaborado en el siglo XVI igual que varias cruces altas que marcaron las rutas de los cortejos de varias procesiones en la zona dominica en la región norte de Guatemala.



Matracas, liras y palios

Otros de los aportes singulares generados por el pueblo guatemalteco alrededor de la pasión de Jesucristo son las matracas, las liras y palios que marcan el paso de los cargadores, facilitan el traslado de las andas y marcan el cierre de los cortejos.

Las matracas de madera con asas para muebles producen el sonido que marca el paso para la continuidad del camino. Cruces con pendientes de metal forman ese tañir que constituye el efecto más impresionante con el que se rompe el silencio y se dice, sin vocablo alguno, *“Adelante Señores, Adelante”*. Las piezas fueron confeccionadas posiblemente desde el siglo XIX, pero han pervivido tras la tradición que emergen de los carpinteros y ebanistas, y aún hoy, con el paso de los siglos se siguen haciendo justo como ayer, porque marcan el paso y rompen el silencio a cada momento en la procesión.

Los cargadores siempre marcan su paso, siguen las señales del silencio que impera en la Cuaresma; es el lenguaje tras el que los hombres pueden reconocer un idioma con el que se comunican las generaciones y forman una lengua que los hermana.

Nuestra Cuaresma no está sola, está provista de muchos aspectos que generación tras generación han quedado para dejar una secuela de huellas de los hombres de ayer, hoy y mañana, quizá porque está fincada en un mensaje cristiano, pero ha adoptado su propia fisonomía, porque hoy ya no pertenece a la iglesia romana, ni al orden cristiano no católico; es un poema que envuelve a todos y les brinda la magia con la que anualmente hace recordar la pasión de un Cristo que es para todos: indios, negros, mestizos y ladinos. También lo es para todos los ritos, mitos, y formas de veneración, porque sus efectos hacen hablar con toda su parafernalia a los hombres de ayer con los de hoy, pero marcan el lenguaje con el que niño nace y crece, haciendo mecer sus santos en andas, con sus destellos plateados, revestidos de bordados, porque dentro de estas manifestaciones nace el encanto del ser chapín.



ÁREA DE MÚSICA Y LITERATURA





La música del culto interno en la Semana Santa guatemalteca

Paulo Renato Alvarado Browning

En sus manifestaciones populares, sin embargo, el alabado se acomoda a una misión clara y bastante menos pretenciosa: que la feligresía católica se asocie activamente a las demostraciones de su fe por medio del canto. Por una parte, hablamos del culto externo: las grandes celebraciones en los templos y las impresionantes procesiones que recorren las vías públicas en fechas especiales como la Cuaresma y la Semana Santa, y sobre lo cual existe una considerable cantidad de documentos. Por otro lado, nos referimos a lo que es propiamente materia de esta nota, el culto interno: esa parte de la devoción que cobra vida a una escala íntima, en el barrio, en la cuadra, en el hogar, al interior mismo de la familia. Y de esto, por contraste, muy poco se ha escrito.

Características del alabado

Los alabados que se cantan en Guatemala son composiciones monódicas, tonales, de compás binario o ternario, con textos de índole exclusivamente litúrgica o devocional. Pueden armonizarse e instrumentarse de una manera sencilla, aunque suelen interpretarse a capella, sin guardar necesariamente el ritmo estricto en que han sido concebidos. A más de abundantes tonadas de origen español, las que pueden deberse a autores guatemaltecos emplean patrones musicales y literarios europeos de los siglos XIX y XX, y su estructura depende de su texto. Muchísimos consisten en una estrofa que, con distinta letra, se repite varias veces. Otros tantos toman la forma de copla y estribillo, en la que un cantor lleva las coplas, mientras la grey responde con el estribillo. En los de factura tradicional es usual que los versos se presenten en cuartetos, rimados en un estilo convencional, con métrica de arte menor -pentasílabos hasta octosílabos- o de arte mayor -decasílabos (como los himnos) y endecasílabos-. En otras palabras, los alabados son poesías religiosas hechas canción, en las que, sin necesidad de acompañamiento, todos cantan una misma melodía.

Una música guatemalteca

Es evidente que, en lo esencial, todo ello se asemeja a los modelos de procedencia foránea; mas, en el detalle, todo se distingue de aquello, por su contexto, por su uso y por su adaptación transcultural. El mero hecho de que esta música ocurra en Guatemala desde hace 200 años a la manera que se acostumbra todavía hoy, ya la ha transformado en guatemalteca, por sus peculiares dejes y combinaciones.

Al final de cuentas, la música del ciclo cuaresmal en este país es una música que podemos llamar guatemalteca más por sus rasgos idiosincrásicos que por sus peculiaridades artísticas. Al igual que el cristianismo cuyas festividades complementa, es una aproximación a prácticas que, aun en tiempos recientes, se han originado afuera de Guatemala. Lo interesante es que han sido asimiladas y se han transmutado a tal grado que, sin lugar a equívoco, se identifican plenamente con el alma colectiva de guatemaltecas y guatemaltecos. He ahí el espíritu que llamamos *chapín* en la música de nuestra Semana Santa.





Carisma, vocación y corazón Música de exteriores

*Carlos Roberto Seijas Escobar y
Johann Estuardo Melchor Toledo*

Guatemala no puede entenderse sin la Semana Santa, así como no puede existir una Semana Santa guatemalteca sin marchas fúnebres procesionales. Las marchas fúnebres acompañan a las procesiones y son en sí mismas un género de música en el país. Por ello es el segundo tipo de música más famoso después de la marimba, porque prepara a una comunidad para presenciar un milagro: el de la fe.

La música de exteriores de Semana Santa en Guatemala a través del tiempo

La música de la Semana Mayor de las procesiones tiene su origen en el siglo XVI, cuando se sincretizaron las religiones de los indígenas del actual territorio de Guatemala con la Católica Romana.

La música de Semana Santa como la conocemos ahora, se remonta a mediados del siglo XIX, cuando retornó a Guatemala el maestro Benedicto Sáenz, hijo. Había estado estudiando en Francia. A su regreso compuso obras en estilos musicales no utilizados hasta ese momento en Guatemala; preparó obras religiosas para la Catedral de Guatemala. Además, hizo transcripciones de óperas italianas y las tradujo. En esta época también llegaron a nuestro país las composiciones de autores europeos que influyeron en el desarrollo de las marchas fúnebres. La más destacada es indudablemente la sonata en sí Bemol Menor de Chopin. Esta obra pudo ser presentada en su transcripción para banda en las procesiones del Señor Sepultado de Santo Domingo y de Jesús de La Merced. La marcha fúnebre de Chopin ha sido la marcha oficial del Señor Sepultado de Santo Domingo desde hace más de cien años. En La Antigua, fue la marcha oficial de todas las procesiones hasta pasado 1960, cuando se

puso de moda que cada procesional tuviera su propia marcha oficial.

De esta época también data la utilización de instrumentos de viento metal que antes no existían en las composiciones de los siglos XVIII, en Guatemala. Por ello, hasta el siglo XIX fue que se completaron los instrumentos que se escuchan ahora en una banda de Semana Santa. Luego durante el periodo que siguió a la Reforma Liberal (1871-1944) se puede destacar una influencia de las bandas militares en las procesiones de Semana Santa. Los liberales, encabezados por Barrios, no estaban de acuerdo con el culto externo de la Iglesia Católica. Las procesiones sobrevivieron a esta época utilizando las bandas marciales de los destacamentos militares o las de las gobernaciones departamentales para acompañar a las procesiones.

De esta época es también *Cristo Rey* de Miguel Zaltrón que se estrenó en 1932. Esta marcha es una de las más famosas de Semana Santa y fue dedicada a Jesús Nazareno de La Candelaria. Otra marcha, *Máter Dolorosa*, fue estrenada en el templo de Beatas de Belén el Viernes de Dolores de 1942. Esta composición fue creada por Julia Quiñónez (la Masiste), personaje que perseguía a los detractores del General Ubico. Ahora es la marcha oficial de Jesús Nazareno de Los Milagros.

Con el siglo XX también llegó la tecnología a las marchas fúnebres, pues empezaron las transmisiones por radio, las cuales popularizaron aún más este género musical. 19 Asimismo, María Elena Schlesinger cuenta otras anécdotas con respecto a la radio. Escuchaban en la TGW el programa de marchas fúnebres por un “*radiecito de transistores*” y también el “*radioteatro*” con la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

Actualmente, nuevos y jóvenes compositores continúan aportando al enorme

acervo cultural que representa esta corriente musical, propia de Guatemala y que identifica de manera única nuestra devoción por la Mayor. se tiene noticia de Antonio Valenzuela compositor de San y Edvin Quisquinay Alcor de Sumpango, ambos del departamento de Sacatepéquez.

Guillermo Mendizábal, director de la banda de Jocotenango en Sacatepéquez, considera que en el país existen aproximadamente 2500 obras fúnebres originales escritas por guatemaltecos. Las marchas fúnebres procesionales guatemaltecas constituyen el mayor aporte que se ha dado al desarrollo de la música occidental. Surgidas en el seno de la sociedad guatemalteca, a finales del siglo XVI, con el objetivo de acompañar los cortejos procesionales de sepultados y nazarenos durante la Semana Mayor, se convirtieron en el canto fúnebre del guatemalteco y parte de la música popular. Casi todas las marchas fúnebres han sido compuestas por guatemaltecos, exceptuando algunas, obras escritas por Frédéric Chopin y Ludwig van Beethoven. Otra famosa es *El duelo de la Patria*, que casi no se interpreta por ser muy larga. Sin embargo, en La Antigua Guatemala, piden las hermandades que se interprete, aunque no siempre logra concluirse en el tiempo que dura un turno.

Bandas procesionales en Guatemala

La organización y administración de las bandas que interpretan las marchas fúnebres es bastante singular. Las mismas cuentan con la siguiente composición: director, pícolo, lira, gong, clarinetes, trompetas, tubas tenores, tubas barítonos, bombos, platillos, tímboles, trombones de vara, tubas y bajos. Su número oscila de quince a más de cuarenta músicos en los cortejos más suntuosos. En la mayoría de ocasiones los músicos se presentan vestidos con traje formal, con corbata o corbatín, además algunas empresas o hermandades les proporcionan gorras para protegerse del sol en las largas caminatas cotidianas.

La estructura de las bandas procesionales tiene su origen en las bandas marciales liberales que siguen el modelo europeo, las cuales están compuestas básicamente por instrumentos de viento madera (flauta y el clarinete), viento metal (trompeta, trombón, corno, tuba, entre otros) y percusión (redoblante). Las bandas procesionales guatemaltecas fueron desarrollando su propia estructura incorporando instrumentos sinfónicos, como el pícolo, la lira, los tímboles y el gong; mientras que a diferencia de la banda marcial no cuenta con flauta transversa.

El arte de interpretar las marchas fúnebres se transmite entre aficionados, de generación en generación. De esta manera conocen la tradición y las partituras de memoria. Esto lo demuestra el hecho de que niños que apenas han cumplido los siete años, al mismo tiempo que aprenden a leer y a escribir, se instruyen en la música. En San Miguel Dueñas, el sesenta por ciento de los pobladores se dedican a esta tradición. En la actualidad conforman la *Orquesta Banda Vega*, constituida desde hace siete años.



Las marchas como parte integral de Guatemala

Para los guatemaltecos las marchas son parte integral de la Semana Santa y de sus vidas. Algunos escuchan marchas fúnebres todo el año como parte de su vida cotidiana. Escuchan los programas de radio durante la Semana Santa y les gusta caminar en la procesión hasta el final de las filas, muy cerca de Jesús. Todo para escuchar las marchas e intercambiar opiniones con sus amigos.

En cada cortejo procesional, en cada rincón del país, sin importar la fecha, escuchamos los compases marciales que pintan con múltiples sonoridades, como las alfombras, el andar de las imágenes, que a la vez dan compás al andar de los cucuruchos que al igual que los músicos, demuestran carisma, vocación y corazón, en cada paso, en cada acorde.





ÁREA DE ARTES EFÍMERAS Y POPULARES





Los espacios sagrados de la Cuaresma y Semana Santa

Ofelia Columba Déleon Meléndez
y Yuri Asurín Chávez García

En Guatemala en la época de Cuaresma y Semana Santa, existe la tradición de elaborar altares dentro de los templos y algunas residencias. Asimismo, se confeccionan, de manera especial, en La Antigua Guatemala los huertos. Además de los Sagrarios, que se visitan el Jueves Santo por la noche.

Lo religioso

† 63

Un altar es un montículo, piedra o construcción consagrado al culto o a la devoción. En sus orígenes eran simples montículos de tierra o piedras o una tabla colocada sobre unas gradas, en el que se depositaban algunas *“ofrendas y/o se celebraban los sacrificios (cruentos o no), a la divinidad.”* Durante siglos el altar fue el elemento más importante de la casa, ante el cual, la familia, efectuaba sus devociones y, progresivamente, se fueron instalando en los lugares dedicados al culto y centralizándose. Estas descripciones planteadas para el mundo occidental, coinciden en muchos aspectos para las culturas mesoamericanas.

Herederos de esa tradición, se manifiestan en el medio guatemalteco, verdaderos ejemplos del sincretismo religioso, en las manifestaciones que cada Cuaresma y Semana Santa se aprecian en casas particulares y en los diferentes templos, que exhiben altares de variadas características.

El artista que confecciona un altar es el altarero, quien además de realizar estas obras en el interior de los templos, prepara los altares móviles para las andas de las procesiones.

Tipos de altares

De cortinas. Telas dispuestas en lienzos de diferente largo y ancho, se sobreponen sobre estructuras de madera o metal. Los colores se relacionan con aspectos litúrgicos.

De telones. Lienzos pintados, con carácter figurativo en el que se ejecuta una escena, al centro de la cual se destaca la imagen de veneración.

Altars domésticos. Elaborados en casas particulares combinando diversos elementos, al centro la imagen de veneración o en un conjunto que presenta una escena que mueva a la reflexión.

El manejo del espacio, los elementos decorativos, la profundidad y la iluminación del altar, crean efectos teatrales para la recreación de las escenas, en las que la imagen de veneración es el centro de atención.

En épocas recientes algunos altares tipo telón han presentado efectos sonoros, como el canto de aves, un río que corre. En torno a las velaciones donde se parecían estos altares también se desarrollan otras actividades como conciertos de marchas en las afueras de los templos, ventas de comida tradicional que hacen las delicias de quienes los visitan; las comunidades viven una verdadera fiesta.



Velaciones

Las velaciones son ceremonias que se realizan en el interior de los templos durante la Cuaresma y la Semana Santa. Por ejemplo, en La Antigua Guatemala, se prepara un espacio disponiendo un telón de fondo en el que se representa una escena bíblica, y como personaje central la imagen de devoción, se complementa el cuadro con un huerto, cortinajes, flores, candelas, incienso. La velación representa un ofrecimiento, un homenaje a las imágenes que serán procesionadas posteriormente. Los Viernes de Cuaresma son preferidos para este tipo de actividades, que suelen prolongarse hasta la media noche.

En torno a la velación se desarrollan diferentes actividades: conciertos de marchas, ventas de comida tradicional, y representa para las comunidades un verdadero acontecimiento en el que a la par de la manifestación religiosa, se dinamiza el comercio, el turismo y la interacción social. Originalmente las velaciones fueron actividades tanto para la ciudad como para el interior del país, en la actualidad son actos que perduran en los lugares del interior y es allí donde presentan sus aspectos más tradicionales.

Los altares, los huertos, los sagrarios y las velaciones constituyen los *espacios sagrados de la Cuaresma y Semana Santa guatemalteca*. En estos se evidencia la religiosidad del pueblo guatemalteco. Asimismo, se manifiesta la riqueza creativa de los artistas y artesanos que los confeccionan. A través de ellos se percibe todo lo que los creyentes son capaces de ofrendar a las imágenes de su devoción; no solamente en cuanto a los aspectos espirituales, si no también en lo material.

Los *espacios sagrados* son manifestaciones culturales únicas en su género, no solamente por la complejidad de elementos y constituir representaciones propias de la cosmovisión del guatemalteco, sino porque evidencian un *pasado histórico*, enlazado a una nueva generación que vive y valora sus tradiciones.



Un paso glorioso. Alfombras de Guatemala

*Ofelia Columba Déleon Meléndez
y Yuri Asurín Chávez García*

La Semana Santa en Guatemala, es dinámica, llena de matices que impresionan los sentidos, es un legado ancestral mezcla de lo hispano y lo nativo que sobreviviendo al tiempo se mantiene vigente al interior de la sociedad que inmersa en el vaivén ideológico y tecnológico del siglo veintiuno, lucha por la preservación de esta enraizada tradición. El ambiente se satura de sabores, sonidos, olores, colores, formas e ideas que mueven a un conglomerado que bajo el influjo del cristianismo, hacen de esta magna celebración una experiencia inolvidable.

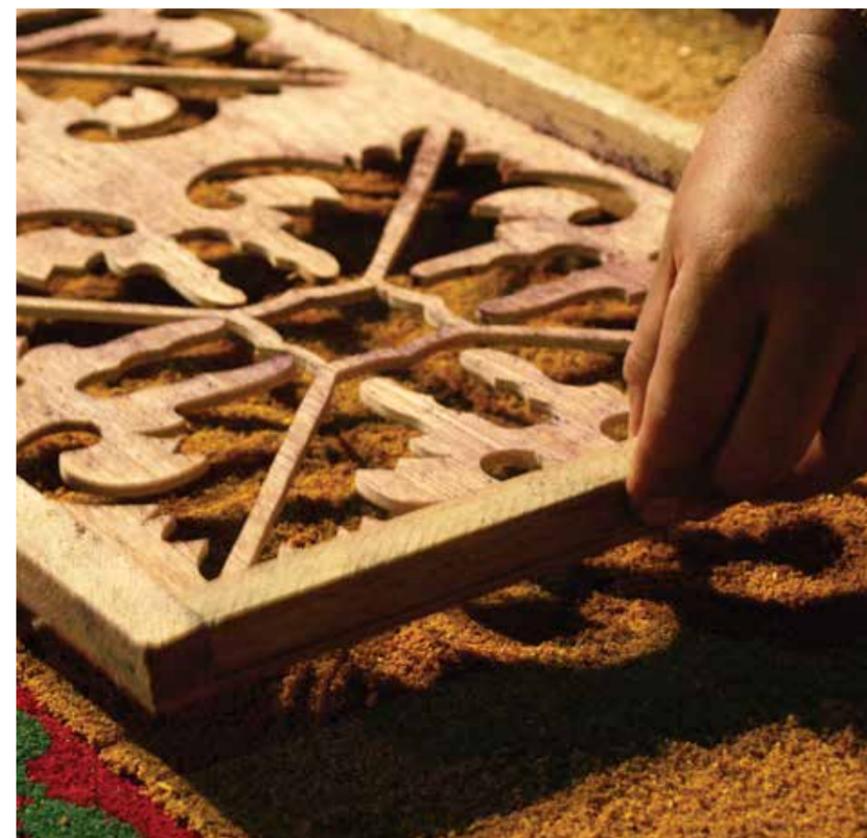
El componente humano ligado al desarrollo de una nación y sus tradiciones vitaliza cada una de las actividades de la Cuaresma y Semana Mayor guatemalteca, ya sea en el interior del país o en la ciudad capital, permitiendo al observador, propio o extraño, la vista caleidoscópica de una sociedad a través de sus manifestaciones tradicionales y populares.

Las alfombras son un vivo ejemplo del mestizaje cultural. Aunque establecer su origen es importante, lo es más saber que el pueblo guatemalteco las ha hecho suyas y las ha impregnado de rasgos característicos propios de su identidad. En Guatemala se confeccionan alfombras en todo el país, se destacan por su belleza, majestuosidad, y porque constituyen la manifestación de un sentir popular, único que adquiere diversos matices según el lugar al que representan. Entre las más famosas se encuentran las que se elaboran en la Nueva Guatemala de la Asunción, La Antigua Guatemala y la ciudad de Quetzaltenango.

Una de las alfombras de mayor extensión es la que cada Viernes Santo se realiza en San Cristóbal, Alta Verapaz, donde a lo largo de un kilómetro se tiende una alfombra multicolor, de variados diseños, que sin interrupción baja desde el templo del Calvario hasta el parque central del poblado. Flores, aserrines, pino, corozo, frutas, y vegetales se extienden en colorida armonía, delimitando

el espacio por donde triunfal pasará, no solo una imagen devocional, sino la misma historia de un pueblo que el cristianismo marcó.

En cuanto a su elaboración, las alfombras de corte tradicional generalmente incluyen creativos diseños en los que el uso de elementos materiales desafía la creatividad de los maestros artesanos, quienes delimitan espacios, esparcen una base de arena blanca de un grosor variado sobre la cual combinan elementos frutos de la tierra, formando una sinfonía de diseños, olores y colores, que van dando cuerpo a la totalidad de la obra. Los principales elementos naturales que se utilizan son: el pino desmenuzado en hebras, flores como la estatisia, clavel, buganvilia, chilca, gravilea, matilisguate, corozo y jacaranda. Variadas, frutas, verduras crudas, algunas veces enteras o partidas en trozos, el coralillo, la palma.





El sabor de la Cuaresma y Semana Santa

*Ofelia Columba Déleon Meléndez
y Yuri Asurín Chávez García*

La gastronomía es un fenómeno cultural, que evidencia el apego de la sociedad a los rituales, especialmente porque dentro del aspecto psicológico la ingesta de alimentos se asocia a bienestar, aceptación, preparación y a recibir con agrado lo indispensable para la vida.

Hacer referencia a la culinaria de un país, significa mencionar aspectos importantes de la cultura material que comprende la conservación de los alimentos, su preparación (que contempla los recetarios), los condimentos, así como otros aspectos adyacentes: la dulcería, la repostería y la panadería.

La gastronomía también es parte de la cultura social, ya que existen comidas tradicionales que se preparan para determinadas festividades.

En la Cuaresma y Semana Santa la comida manifiesta profundamente la rica simbología que conlleva dentro del marco de la antropología de la alimentación vinculada a la dimensión sacra. Guatemala posee una riquísima y variada gastronomía. Cada etnia, cada pueblo, cada región del país tiene *platicos* y bebidas especiales que los caracterizan y distinguen. La culinaria guatemalteca, al igual que los demás aspectos que forman la cultura popular tradicional es el resultado de la mezcla de elementos prehispánicos y de origen español. Es una cocina mestiza.

Entre los postres las torrijas, molletes, hojuelas, dulce de chilacayote o ayote, dulce de garbanzo, empanadas de yerbas (ejote, remolacha, arvejas y zanahoria) y las de leche. Una de las bebidas más importantes y tradicionales es el chocolate caliente. Propio del desayuno de Jueves Santo, especialmente en pueblos del altiplano occidental acompañado de pan de yemas untado con miel de abejas.



San Juan Sacatepéquez (departamento de Guatemala) tiene un platillo exclusivo, arraigado dentro de la población indígena de recursos económicos altos, que consiste en frijol blanco con pescado seco.

En los pueblos del altiplano se consume frutos como el pataxte y melocotón de olor. Asimismo, mazorcas de cacao son llevadas de la costa para disfrutar lo agridulce de la pulpa (comida ancestral, materia prima del chocolate). Otros platillos tradicionales: cebollas encurtidas, chiles rellenos. Asimismo, refrescos como horchata, piña, súchiles. También en esta época se preparan panes especiales.





ÁREA DE NATURALEZA





El tributo natural a la pasión. Flores y frutos de Guatemala

Juan Carlos Lemus Hernández

Pasan procesiones dejando estelas de incienso. Las calles tienen aureolas de sacramento. Y los días se empapan de un clamor envuelto en olores de pino y rosas, aserrines triturados, anilinas verdes y rojas, partículas heridas que guardan todavía el aroma de los leños mojados en los bosques.

Cada Semana Santa, la tierra se ablanda en un punto particular del mundo. En la cintura de América, al norte de Centroamérica, la Nueva Guatemala de la Asunción se convierte en huerto milagroso que hace brotar las flores de la *jacaranda*, el árbol de *matilisqueate*, la flor de *dolores* y el arbusto con *flores de nazareno*.

Si Guatemala es un país cuyos huertos son bondadosos durante todo el año, en Semana Santa redobla su generosidad y se presta a servir de atmósfera para brindar olores, sabores y colores en cada planta y fruto. Las hojas crean sonidos cuando rajan el viento. El murmullo es una nueva música, acompañada por cada paso de los penitentes de la santa hermandad que caminan en silencio por las calles.

En todo el país, las calles se encadenan unas a otras con las alfombras que reúnen flores y frutos de la tierra. Y dentro de los hogares, la rapadura casera corona la mesa que ofrece en sacrificio a los bacalaos. Los pishtones parecen –aun en las mesas más pobres– vestidos de respetuoso luto blanco mientras aguardan el turno para ser un lecho de aceites y sardinas. El maíz congregado en bolas de tamalitos, el dulce ayote, las pacayas y los plátanos en gloria bañan de luz los ojos de las familias. La naturaleza obsequia sus frutos, comparte su amor con el pueblo agradecido.



BALANCE





Semana Santa en Guatemala: patrimonio cultural inmaterial

Anantonia Reyes Prado

La Semana Santa es una conmemoración que congrega, año con año, a miles de hombres y mujeres, niños y niñas, nacionales y extranjeros. Siendo parte del bagaje cultural impuesto durante la Colonia se integró al nuestro en virtud del sincretismo religioso y ha adquirido en el país características particulares que la convierten en parte de nuestra identidad justo porque se le ha aportado colores, formas, sabores, sonidos, texturas que constituyen una forma esplendorosa, no exenta de contradicciones, para recordar la Pasión de Jesús.

Esta festividad ha motivado el interés de investigadores, pero hace falta profundizar su estudio. La mayoría de acercamientos al tema se han realizado desde la perspectiva religiosa, desde el enfoque de los estudios folklóricos o la historia del arte, presentando ricas descripciones de esta expresión de religiosidad; sin embargo, aunque se afirma que es parte de la identidad nacional poco se ha avanzado en desentrañar, explicar, y sobre todo, interpretar, este hecho social como un producto cultural, que pone de manifiesto el contexto histórico, social y económico que lo generó y que lo sostiene en la actualidad.

Además de apoyarse en los planteamientos de los autores, esta nota se guía por una reflexión acerca del patrimonio cultural, definido como “un constructo social que surge de los sucesos comunicativos recursivos e intersubjetivos que acontecen en un entorno común y, como tal, se internaliza, sedimenta y legítima al interior de la propia comunidad. Es una realidad dinámica que se construye, reproduce y reinterpreta con cada generación, contribuyendo al sentido de pertenencia y cohesión del grupo, en su necesario e inevitable proceso de cambio”. El patrimonio cultural incluye expresiones materiales e inmateriales de valor excepcional desde el punto de vista de la historia, el arte y la ciencia, por su trascendencia histórica, estética, etnológica o antropológica. Se trata así de responder con ello a la pregunta de por qué, un hecho social como la Semana Santa, que responde a un universo de sentido particular, uno entre los muchos y muy diversos que existen en Guatemala, puede llegar a constituir patrimonio cultural nacional y universal y cuan válido es el esfuerzo para declararla como tal.

Celso Lara ha expresado que desentrañar el sentido de la Semana Santa contribuiría a comprender la identidad de los guatemaltecos, tarea pendiente toda vez que el estudio de esta noción, tan compleja, aún no recibe en Guatemala la atención que merecería, a pesar de que el tema de la identidad es clave para la interpretación de las relaciones sociales en el país.

La búsqueda del significado de la Semana Santa para los guatemaltecos y guatemaltecas podría partir de la indagación de la relación de este ritual, este acto conmemorativo, con otros elementos, como la etnicidad, la política, el contenido religioso que reproduce, identificando el contexto histórico, social y económico en que la Semana Santa tiene lugar, que es diferente para cada uno de los sectores sociales involucrados, y revisando la participación de la comunidad en cuanto a la protección del patrimonio cultural.



Semana Santa y etnicidad

En esta conmemoración, religiosa y pagana al mismo tiempo, se refleja la complejidad de las relaciones interétnicas en Guatemala, a lo largo de su historia, como lo afirma Carlos Mauricio Morán Alvizurez en su aporte. Para ilustrar esto menciono algunos hechos, cada uno de los cuales abre muchas interrogantes en esta dirección; por ejemplo, la referencia mencionada por Johann Melchor Toledo de que en la época colonial “se hicieron representaciones de nazarenos para cada uno de los grupos étnicos. Uno blanco para el barrio de españoles (tanto criollos como peninsulares) en la iglesia de La Merced, uno mulato para la iglesia del barrio de San Jerónimo... y uno indígena para el barrio de la Candelaria”.

Melchor Toledo refiere también como la tensión entre las cofradías de los templos de La Candelaria y La Merced requirió mediación pontificia para que se dispusiera, en 1677, que las procesiones se efectuaran una el Jueves Santo y otra el Viernes Santo e indica que fueron cofrades ladinos quienes dispusieron, en Ciudad Vieja, cambiar el nombre de sus cofradías —una forma de organización social vinculada a los indígenas— por hermandades, a finales del siglo XVIII.

Aún hoy, la imagen de Cristo Rey, cuya agobiada mirada al frente recuerda, según algunas interpretaciones, la actitud de un indígena llevando la carga con el mecapal, es levantada de sí misma cada Jueves Santo por cargadores vestidos de levita que forman parte de un sector social bastante diferente de aquél donde nació la devoción por este nazareno, en un hecho paradójico que llama la atención desde el punto de vista de las relaciones interétnicas.

En la actualidad, la Semana Santa se conmemora, con mayor o menor esplendor en departamentos cuya población es mayoritariamente indígena, a pesar de la posible tensión, con matices diferentes, entre esta expresión de religiosidad popular católica y las tendencias renovadoras al interior de dicha religión y los esfuerzos para la recuperación de la cultura de los pueblos indígenas, que incluye la espiritualidad.

Semana Santa y lo político

Desde la perspectiva de lo político, la Semana Santa constituye una de las conmemoraciones propias del catolicismo que se impuso en Guatemala, como el derecho y el idioma, a partir del proceso de conquista y colonización; encontró en los ritos de sangre prehispánicos y en el autosacrificio referentes que habrían hecho sentir la imagen de Jesús ensangrentado no tan ajena a los pueblos indígenas, lo que facilitó que se utilizara como medio de instrucción.

Haroldo Rodas, citado por Melchor Toledo explica que “...el sentido de fuerza iconográfica del Nazareno nació en Guatemala en una corriente eminentemente gestora de un proceso criollo...” que habiendo adquirido cierta interpretación étnica –pues hay imágenes españolas, criollas e indígenas-, se trasladó al siglo XIX, cuando los mestizos o ladinos iniciaron un período de ascenso político y social. La Semana Santa vivió vicisitudes relacionadas con los cambios del poder político en esa centuria: adquirió auge en el gobierno de Rafael Carrera y decayó, aunque no desapareció –justo por el esfuerzo de las cofradías ya convertidas en hermandades-, durante el gobierno de Justo Rufino Barrios, revitalizándose en el de Jorge Ubico.

Partiendo de los antecedentes que varios autores describen en esta obra colectiva, la Semana Santa que conocemos es fruto de los años cincuenta, a mediados de los cuales una imagen entrañable para la tradición católica en Guatemala y en la región, el Cristo Negro de Esquipulas, fue utilizada por la jerarquía eclesiástica contra el gobierno revolucionario; en 1955, el anda de Jesús de Candelaria representaba la liberación del comunismo y otra, años más tarde, en 1980, en un mensaje opuesto a los planteamientos de la Teología de la Liberación, destacaba la frase “A los pobres los tendréis siempre”.

La Semana Santa, como lo refiere el artículo de Miguel Álvarez Arévalo, adquirió auge a partir de la contrarrevolución y tuvo en el terremoto de 1976 un motivo para el aumento de la afluencia de cargadores y espectadores. El alargamiento de los recorridos, el agrandamiento de las andas, cuyo adorno es único en Latinoamérica, y, recientemente, la incorporación de tecnología en la venta y distribución de turnos, en los adornos de las andas y en la coordinación de los cortejos procesionales, son muestra del florecimiento de esta práctica religiosa.



El Jesús imaginado

La imagen nazarena causa emoción y conmoción entre una buena parte de indígenas y ladinos o mestizos. El paralelismo cultural con Quetzalcóatl y la idea de la redención como pilar de la tradición cristiana parecen conjugarse en esta devoción por los nazarenos y explicar por qué esta imagen es la favorita de los escultores guatemaltecos, cuya obra es notable en toda Latinoamérica, y por qué, en el pasado y en el presente miles y miles de cucuruchos se identifican con esos rostros, bellos en su agonía y dulces en el amargo encuentro del héroe con su destino, sin preocuparse de si la imagen responde a una influencia gótica, renacentista, flamenca, barroca, neoclásica o romántica.

Ciertamente, también hay regocijo en la celebración de su nacimiento, pues la Navidad también tiene otro lugar relevante en el ciclo de fiestas religiosas para una parte de la población guatemalteca; sin embargo, el misterio de la Resurrección, una idea central del cristianismo y que dota de sentido al sufrimiento, no despierta la misma emoción que la Pasión, como ya lo destacara en 1930 José Rodríguez Cerna, citado por Francisco Albizúrez Palma en su trabajo. La imagen de Jesús resucitado es sacada en procesión por el templo de Nuestra Señora de los Remedios, El Calvario, en ciudad de Guatemala, pero no convoca multitudes como los Santos Entierros, quizá porque el Domingo de Resurrección nos gana el cansancio y la presión por la vuelta a las clases y al trabajo o quizá porque en el contexto de desesperanza en que vivimos, hemos invertido tanta energía conmemorando la muerte que no nos queda ninguna para celebrar la vida.

¿Qué rasgo de nuestra identidad se reflejaría en este regocijo en el dolor, en esa opción por ese momento preciso en la vida de Jesús, como nos la cuenta la tradición? ¿Qué mecanismos de distinción y clasificación han conducido a que sea este momento y no otro, esta imagen y no otra, los que se han legitimado e interiorizado en una parte de nuestro sistema cultural? ¿Qué universos de sentido se expresan en esta exaltación del dolor?

La participación en la Semana Santa

La Semana Santa expresa una forma particular de participación; es un acto conmemorativo, que se torna festivo, en el presente, la iglesia es el ámbito donde se registra la mayor participación no convencional, según la encuesta anual de Proyecto de Opinión Pública de América Latina, aunque desde luego esto incluye no sólo a la iglesia católica, sino también a la evangélica y las múltiples vertientes de ambas. La Semana Santa es uno de los momentos cumbres de la participación coyuntural alrededor de lo religioso, aunque la preparación de las procesiones, que toma varios meses del año, congrega también a numerosas personas de las hermandades, que se ocupan de desarrollar otras formas de mantener la devoción como el recorrido que día a día hacen las réplicas de la imagen de Jesús de La Candelaria en los hogares capitalinos, las velaciones anuales de las imágenes nazarenas, como la de Jesús de La Merced en agosto y la de Cristo Rey en noviembre, y las de las imágenes de la Virgen de Dolores en septiembre.

Las procesiones son una expresión de ocupación del espacio público; Jueves Santo es uno de los días cuando circula la mayor cantidad de personas en las calles de la ciudad de Guatemala, debido a la visita de los altares que conmemoran la institución de la Eucaristía, la asistencia tanto a la entrada de la procesión de Jesús de Candelaria como a la salida del cortejo de Jesús de La Merced. La circulación de vehículos se ve afectada por la confección de alfombras y el paso de los cortejos, pero ello se acepta sin quejas o reclamos.

Es motivo de encuentro familiar y comunitario; familiares, amigos y vecinos se congregan antes y después de las procesiones, para adquirir y recoger los turnos, para participar en el arreglo de andas, en la preparación y confección de alfombras, en el almuerzo tradicional o en la preparación de los huertos.

La Semana Santa puede adquirir manifestaciones sencillas –tal es el caso de algunos departamentos como El Quiché –o lujosas- como la del Santo Entierro del Calvario-, pero se vive en diferentes departamentos del país y tiene fieles de todas las edades entre los diferentes grupos étnicos, sociales y económicos; es una celebración que pone de manifiesto la estratificación social de Guatemala, como lo expone Morán Alvizurez.



La participación en Semana Santa es contemplativa y pone en evidencia el carácter central del sujeto.

La economía y la Semana Santa

El componente económico de este acto no es desdeñable; históricamente los gastos de las procesiones han sido sufragados por la feligresía organizada en cofradías o hermandades, con fondos provenientes de la venta de turnos, que tienen diferentes costos y colectas permanentes por medio de diversos recursos.

La venta de turnos refleja, nuevamente, el tipo de relaciones sociales presentes en la Semana Santa, en las cuales entra en juego también el tema del prestigio. Hay turnos para todos los bolsillos, desde los muy costosos, correspondientes a la levantada del anda de su sitio o su colocación en él al final de la jornada, primeras y últimas cuadras del recorrido, el paso ante los lugares de poder político o eclesiástico (como el Palacio Nacional –hoy Palacio Nacional de la Cultura- y la Catedral Metropolitana, en ciudad de Guatemala o las catedrales y alcaldías en los departamentos), hasta los turnos ordinarios, más o menos accesibles para la mayoría de fieles cargadores. Los gastos financiados por estos fondos son muy diversos: adorno de andas, bandas, impresión de turnos y afiches, bordado de túnicas –aunque no todos los años hay estreno-.

La población es también quien aporta los fondos para la realización de las variadas manifestaciones de la cultura material que conforman este acto festivo y que se detallan en varios de los artículos incluidos en este libro, como las alfombras, los huertos, la alimentación propia de la época y las túnicas.

En la ciudad de Guatemala, la compra-venta de infinidad de objetos llena de colores, olores y sabores las calles, pues antes de los ciriales y las cruces altas y después las bandas, abren y cierran el cortejo vendedores y vendedoras de los tradicionales algodones de azúcar, refrescos (súchiles, piña y horchata), chupetes, papalinas y banderitas con conitos de papel llenos de caramelos, o los modernos trozos de pizza y cucuruchos de esponja, playeras impresas con la imagen nazarena favorita y los CD de marchas fúnebres.

La cobertura que cada vez con mayor fuerza dan los medios de comunicación a las procesiones y la proliferación de páginas web sobre el tema, las cuales son visitadas por

la feligresía incluso desde el extranjero, hablan del dinamismo de esta práctica social, que sabe adaptarse y utilizar recursos modernos para conservar una tradición.

Aún no se ha hecho un estudio económico de la Semana Santa para identificar el aporte que una buena parte de la población está dispuesta a ofrecer para garantizar, una u otra vez, que el gran ritual se mantenga y se reproduzca a pesar de los vaivenes sociales, económicos y políticos y para obtener ingresos extras.



La mujer y los niños

En general, la participación de las mujeres no figura en los registros históricos de la Semana Santa. Se han identificado ya algunos nombres como Clarita Soto, quien adornó las andas con exquisitas flores de papel hechas por sus manos; Julia Quiñónez quien creó la marcha Mater Dolorosa que todavía conmueve a devotos y devotas, o Blanca Estévez, Carmen de Valle y Carmen Prado de Reyes, quienes por muchos años cantaron al paso de las procesiones melodías como Jesús, yo sin medida o Jesús, vivir no puedo de La fuente o el Agnus Dei de George Bizet, para el paso del Nazareno, o Los Tres Amores y la favorita, Ave María de Franz Schubert, para el paso de la Virgen de Dolores.

Las mujeres han contribuido a la permanencia de la Semana Santa en Guatemala, siendo las cargadoras de las imágenes de la Virgen de Dolores o de la Virgen de la Soledad o las encargadas de vestir a las imágenes para el cortejo procesional —ritual en el que algunas personas han participado a lo largo de toda una vida—, o las miles que han generado ingresos extras a su hogar con la producción y venta de alimentos y adornos propios de la época.

Más aún, son ellas quienes desde la invisibilidad del espacio doméstico, se constituyen en un factor fundamental para la reproducción de esta expresión cultural; en efecto, la experiencia de la Semana Santa se empieza a vivir en el proceso de la socialización primaria, que ocurre en el seno de la familia, donde se aprehenden principios, valores y representaciones simbólicas pertenecientes a un determinado sistema, que se sustentan en la dimensión afectiva y emocional y que se materializan en la cotidianeidad de la práctica social.

Esta dimensión afectiva es, seguramente, uno de los elementos más importantes para la reproducción de esta manifestación, pues es desde allí donde niños y niñas de muchos lugares de Guatemala, inclusive aquellos donde la población mayoritariamente es indígena, empiezan a identificarse con la Semana Santa, de la mano de sus padres y, sobre todo de sus madres, que muchas veces sin percatarse de ello construyen identidad y garantizan la continuidad de esta expresión cultural.

La Semana Santa: patrimonio cultural intangible de Guatemala

Según la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial de 2003, “el patrimonio cultural Inmaterial (PCI), el patrimonio vivo, es el crisol de nuestra diversidad cultural y su conservación una garantía de creatividad permanente”, que se manifiesta en ámbitos como los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas que las comunidades, los grupos y, en algunos casos, los individuos, reconocen como parte integrante de su patrimonio cultural, lo que incluye música tradicional, los usos sociales, rituales y actos festivos y técnicas artesanales.

- La definición señala igualmente que el PCI:
- Se transmite de generación en generación;
- Es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia;
- Infunde a las comunidades y los grupos un sentimiento de identidad y de continuidad;
- Promueve el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana;
- Es compatible con los instrumentos internacionales de derechos humanos existentes;
- Cumple los imperativos de respeto mutuo entre comunidades, grupos e individuos y de desarrollo sostenible.

El PCI es tradicional sin dejar de estar vivo. Se recrea constantemente y su transmisión se realiza principalmente por vía oral, siendo su depositario la mente humana y el cuerpo humano el principal instrumento para su ejecución o encarnación y se lleva a cabo, a menudo, de forma colectiva.

Los usos sociales, los rituales y los actos festivos son actividades habituales que estructuran la vida de las comunidades y de los grupos, siendo compartidas y estimadas por grandes segmentos de los mismos. Su significado emana del hecho de que reafirman la identidad grupal o comunitaria de quienes los practican y pueden ser realizados en público o en privado... están condicionados por visiones del mundo y por historias percibidas y recuerdos y varían desde reuniones sencillas hasta celebraciones y conmemoraciones multitudinarias; suelen tener lugar en fechas y lugares especiales. Los eventos festivos se desarrollan en espacios públicos de libre acceso.



La Semana Santa en Guatemala es un rito de culto, de conmemoración y expiación, rico en tradiciones culinarias, detalladas por Ofelia Déleon, y en expresiones y elementos materiales, como la indumentaria especial –los cucuruchos-; mantiene vivas técnicas artesanales tradicionales –otro ámbito del PCI- como la elaboración de alfombras, que también tendría raíces prehispánicas.

Desde luego, la Semana Santa tiene origen español, pero en Guatemala como en Colombia, Perú o México adquirió rasgos particulares, lo que prueba el dinamismo propio del patrimonio cultural inmaterial, que refleja en cada lugar el carácter que sus portadores le quieren dar, de acuerdo a su entorno social y económico, incluso natural, a su historia y a su visión del mundo. La riqueza cultural del mundo es su diversidad dialogante y cada cultura se nutre de sus propias raíces, pero sólo se desarrolla en contacto con las demás culturas, como afirma UNESCO, agregando que este patrimonio vivo, llamado inmaterial, confiere a cada uno de sus depositarios un sentimiento de identidad y de continuidad, puesto que se lo apropian y lo recrean constantemente.

Han de destacarse tres expresiones propias de la Semana Santa en Guatemala: la imaginería, la música y el adorno de las anda, la escultura como se ha indicado, encontró su punto culminante en las tallas en madera de los Nazarenos, y aún se reproduce en el trabajo de los talladores y encarnadores actuales.

Las marchas fúnebres son únicas en su género, pues siguiendo cánones europeos, venecianos para más señas, como ha establecido Celso Lara, y españoles también utilizando instrumentos propios de esa tradición cultural, presentan en Guatemala un carácter y una fuerza dramática peculiares, logrando una interpretación propia del dolor de la Pasión y constituyendo un género que ha sido cultivado por autores y músicos tanto ladinos como indígenas, como expone Carlos Seijas en el artículo de este libro, donde detalla el caso de Sumpango, Sacatepéquez.

De igual forma, han de destacarse las andas procesionales, sobre todo las de ciudad de Guatemala y La Antigua Guatemala, que por su tamaño y laboriosidad constituyen una expresión que no se encuentra en Sevilla (España), Michoacán (México), Ayacucho (Perú) o Popayán (Colombia), ciudades también célebres por su Semana Santa.



La Semana Santa además de su papel religioso-conmemorativo, es una práctica que cohesionan a ciertos sectores sociales, donde las múltiples expresiones materiales son accionadas por sentimientos, uno de los elementos constitutivos del patrimonio cultural intangible. Aquí radica quizá una de las mayores carencias en los estudios sobre el tema, que se han enfocado en las expresiones materiales y no en el conocimiento de los sujetos, sus motivaciones profundas, la subjetividad compartida que mueve a la ofrenda y la penitencia.

SEMANA SANTA

EN GUATEMALA



MINISTERIO
DE CULTURA
Y DEPORTES





SEMANA SANTA

EN GUATEMALA

